

El periodismo en los años del Che

Journalism in the Che Guevara times

Juan Carlos Salazar del Barrio*

Resumen

Este artículo examina la precariedad y dificultades inherentes a las actividades periodísticas en la década del sesenta en Bolivia. Para ello revisa dos hechos comunicacionales fundamentales: la formación y desarrollo de la primera y más antigua agencia nacional de noticias: la Agencia Noticiosa Fides (ANF), que ya ha sobrepasado los cincuenta años de actividad, y la cobertura de la guerrilla del Che Guevara en 1967, en el sudeste de Bolivia. Experiencias que fueron hitos, se postula, en el proceso de profesionalización de la comunicación social en Bolivia.

Palabras clave: periodismo en Bolivia, Agencia de Noticias ANF, guerrilla del Che Guevara

Abstract

This article observes the precariousness and difficulties that Bolivian journalism activities underwent along the decade of the 60's. The author focuses two central communicational facts: the beginnings and development of the first Bolivian news agency: Agencia Noticiosa Fides (ANF), which by today has more than fifty years at work, and the news coverage of the 1967

* Director del periódico Página Siete y docente de Periodismo de la Universidad Católica Boliviana. Contacto: juancarlos.salazar@paginasiete.bo

Che Guevara guerrilla in the Bolivian southeast. Both experiences transcended as milestones in the process of social communication becoming a professional field in Bolivia.

Key words: Bolivian journalism, Agencia Noticiosa Fides, Che Guevara's guerrilla.

1. *Fides y Presencia*, talleres del periodismo artesanal. Cuando el periodismo se estudiaba por correspondencia

“¡Ya podemos empezar!”. El padre Gramunt bajó a trancos por la estrecha escalera del viejo edificio de *Radio Fides*, sujetándose la sotana con la mano izquierda y agitando una carta con la derecha. “¡Hoy mismo...!”, agregó, sin mayores explicaciones, alzando la voz para sobreponerse a la algarabía infantil del vecino patio de la primaria del Colegio San Calixto. “¿Empezar qué?”, interrogó con la mirada a sus colegas de la redacción el poeta Oscar Rivera Rodas, mientras se quitaba los auriculares con los que captaba las noticias internacionales de la BBC de Londres en un gigantesco aparato de radio *Telefunken* para el noticiero del mediodía. Abogado de profesión, sacerdote por vocación y periodista de oficio y afición tardía, José Gramunt de Moragas esgrimía la misiva como respuesta: “Ya tenemos dinero para hacer la agencia”, explicó, por fin, en aquella mañana fría y soleada del invierno paceño de 1964.

Organizar una agencia nacional de noticias era lo que se había propuesto. La había fundado diez meses antes, el 5 de agosto de 1963, tres años después de haber asumido la dirección de *Radio Fides*, pero sólo existía en el papel, porque no había conseguido financiamiento para ponerla en marcha. La carta que exhibía eufórico procedía de una organización católica internacional que le ofrecía una pequeña donación para el arranque del proyecto.

“Perdón, ¿y cómo se hace una agencia?”, me atreví a preguntar con la timidez del principiante desde el fondo de mi escritorio, oculto como me encontraba detrás de mi *Underwood*, la vetusta máquina de escribir en la que redactaba la información nacional para el informativo de la radio. “Haciendo lo que hacemos todos los días”, respondió el sacerdote-periodista con la seguridad del profesional. “...Escribimos las noticias como siempre, pero ahora con varias copias... Las ponemos en sobres y las enviamos por correo a los periódicos del interior del país”, agregó con el mismo aplomo. Así supe lo que era una agencia de noticias.

No era la primera lección de periodismo que recibía en *Fides*. Me había iniciado como redactor tres meses antes mientras aguardaba el inicio del curso universitario para ingresar a la carrera de Geología. Un amigo jesuita, Lorenzo Catalá, primer corresponsal de Fides en Sucre, me dijo que la radio necesitaba un “gacetillero” para la elaboración de uno de sus noticieros. “¿Sabes escribir?”, me preguntó Gramunt cuando me postulé para el puesto. “Depende”, le respondí para ganar tiempo, sin atreverme a confesar la verdad. A continuación me dio un curso exprés sobre la estructura de la noticia, me dictó un par de datos sobre un hecho cualquiera y me pidió que redactara una nota informativa. Así lo hice. Cuando terminé, leyó mi texto, hizo varias correcciones con su bolígrafo y me devolvió el papel lleno de círculos y tachones. Me pareció que no le había gustado. “Aprobado”, dijo sin embargo, y me empujó a la piscina para que nadara solo.

Años después, cuando ingresé a la Universidad Católica Boliviana (UCB) para seguir la carrera de periodismo, supe que la explicación que había recibido ese día correspondía a la “pirámide invertida”, el “modelo redaccional” que inventaron los periodistas gringos durante la Guerra de Secesión de hace 150 años, para garantizar la transmisión de los datos básicos de una noticia ante los frecuentes cortes que sufría el telégrafo de la época.

Para entonces, Gramunt ya era todo un profesional de la comunicación. Había llegado de su Cataluña natal en diciembre de 1952, ocho meses después del triunfo de la revolución del 9 de abril, sin saber que le tocaría ejercer su ministerio en el campo de la radiodifusión. La Compañía de Jesús le entregó la dirección de *Radio Loyola*, de la ciudad de Sucre, una emisora con escasa audiencia, dedicada a la difusión de programas religiosos y música clásica. “Yo no sabía más que cualquier otra persona de mi época sobre lo que era una radio”, recordaría años después en una entrevista con la periodista Julieta Tovar. Es decir, poco o nada. Pero, aquilatando el momento histórico que vivía Bolivia y la importancia de la información, introdujo en la programación de la emisora un noticiero diario y un comentario editorial –semilla de la columna *¿Es o no es verdad?*–, experiencia que lo impulsaría ocho años después a la dirección de *Radio Fides*, de La Paz.

Tras una estancia de cuatro años en su Sucre, retornó a España en 1956 para continuar su formación sacerdotal. Sabiendo que tenía a *Fides* en su futuro inmediato, aprovechó “algunas vacaciones de verano” para estudiar periodismo en la Universidad Internacional Menéndez y Pelayo de Madrid y la Universidad de Syracuse de Nueva York, y realizar prácticas en la BBC de Londres. “Me hice periodista antes de volver a Bolivia”, en 1960, recordó.

1.1. El periodismo artesanal de los 60

Por aquella época, cuando la carrera de Comunicación Social de la Universidad Católica no existía ni siquiera en proyecto, lo más cercano a la “formación académica” periodística a la que podía aspirar un joven boliviano eran los “cursos por correspondencia” que ofrecían algunas “escuelas” de Argentina. Los periodistas se formaban en las redacciones, como la de *Fides* o del diario *Presencia*, donde maestros como el padre Gramunt, Huáscar Cajías o Alberto *Kid* Bailey, impartían su cátedra con un lápiz rojo en la mano y el amplio bagaje de normas estilísticas que habían acumulado en la memoria a fuerza de corregir originales.

La Bolivia de entonces no era la de hoy. Tampoco América Latina. El mundo vivía los días de gloria de Elvis Presley y los Beatles; Juan Rulfo y Gabriel García Márquez habían convertido a dos aldeas, Comala y Macondo, en referentes míticos de un “boom” literario de largo aliento; la Luna había recibido la visita de los primeros astronautas y el “aggionamiento” del Concilio Vaticano II sacudía las estructuras de la Iglesia Católica. “¡La vida está en otra parte!”, proclamaban los estudiantes franceses en el legendario Mayo del 68.

Eran los “años maravillosos” de los 60, una “década feliz” que al mismo tiempo encubría los “años calientes” de la Guerra Fría. América Latina alentaba la esperanza de tiempos mejores con la vista puesta en los paradigmas de la época, John F. Kennedy, por un lado, y Fidel Castro y el *Che* Guevara, por otro. Cuba acababa de derrotar al ejército invasor de la CIA en Playa Girón y el mundo se salvaba de una hecatombe nuclear a causa de la “Crisis de los misiles”, mientras Estados Unidos y la Unión Soviética se disputaban la hegemonía mundial en los arrozales de Vietnam.

Bolivia vivía la agonía del “doble sexenio” de la Revolución Nacional (1952-1964) entre motines cuarteleros, rebeliones mineras y luchas estudiantiles, y las vísperas del “triple sexenio” militar (1964-1982), que llevaría al poder a una seguidilla de dictadores fascistas y generales “socialistas”. Los bolivianos celebraban el primer título continental que había ganado la selección de fútbol de Víctor Agustín Ugarte, en 1963; las salas de cine exhibían *Lolita* y la juventud bailaba con la música que “pinchaba” José *Chingo* Baldivia, uno de los primeros DJ’s de la radio boliviana, en *Tengo un disco en mis manos* y *Póquer de ases*, los programas estrella de *Radio Fides*.

La prensa se encontraba en pañales, la televisión no había llegado a Bolivia y faltaba un lustro largo para la apertura de la primera escuela de periodismo: el Instituto de Ciencias y Técnicas de la Opinión Pública, nombre con el que na-

ció la actual Carrera de Comunicación Social de la UCB. Los primeros periodistas profesionales, formados en España e Italia, se incorporaron a los medios nacionales a principios de los 70. Hasta entonces, la elaboración periodística estaba en manos de reporteros y redactores autodidactas, formados en “las salas de redacción, en los talleres de imprenta, en los cafetines y en las parrandas de los viernes”, las verdaderas “fábricas” de periodistas, como diría el autodidacta mayor, Gabriel García Márquez.

Fides era una de las factorías de ese periodismo artesanal, junto con *Presencia*; y José Gramunt, uno de los maestros del oficio. “No había escuela de periodismo, la única universidad era la vida misma, con la fortuna de tener como máximo maestro al padre Gramunt”, recordó años después Hernán Maldonado, uno de los primeros redactores de ANF, quien desarrolló posteriormente una larga carrera profesional en la United Press International (UPI), la CNN y el Miami Herald.

“Enérgico, disciplinado cual buen soldado del ejército de San Ignacio de Loyola, inquieto en la búsqueda de nuevos horizontes por su sangre catalana, apasionado y entretenido tertuliano por su vasta cultura, infatigable abogado de las causas justas, orgulloso caballero portador de su blasón familiar, amigo y maestro”, lo describió a su vez Francisco Roque Bacarreza, otro periodista de la primera hora que hizo carrera como corresponsal de la agencia española EFE en Estados Unidos y varios países de América Latina.

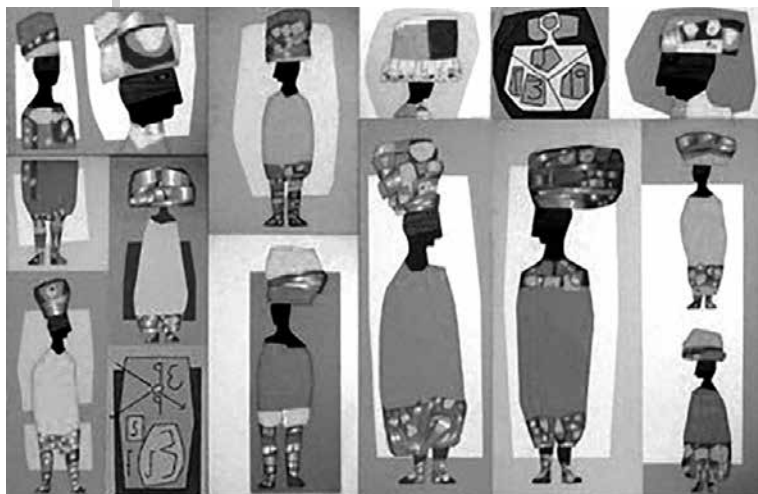
Presencia, un diario católico fundado como “semanario cultural e informativo” días antes del triunfo de la revolución del 9 de abril de 1952, competía con *El Diario*, el “decano” de la prensa nacional, ambos de tendencia conservadora. Dirigido desde su fundación por el abogado y periodista Huáscar Cajías Kauffmann, *Presencia* se constituyó en un defensor de las libertades y los derechos civiles y políticos, pero al mismo tiempo en un duro crítico de los gobiernos “movimentistas” y en un militante firme y activo del anticomunismo, no solamente por la doctrina cristiana que lo inspiraba, sino también por la polarización política e ideológica que había impuesto la Guerra Fría.

1.2. “¿Ésta es la redacción de ANF?”

En ese contexto histórico e ideológico nació ANF. Se proponía contribuir a la “construcción de una sociedad presidida por los principios de la verdad, la justicia y la solidaridad”, a “la educación ética, social y política de la opinión pública dentro de una inspiración humanista y democrática”, y a “la modernización del periodismo en Bolivia”. Aunque siempre se reivindicó como un

medio de la Iglesia Católica, su desarrollo fue eminentemente laico. “Somos una agencia católica, no de sacristía”, solía decir Gramunt.

ANF fue una de las primeras agencias noticiosas latinoamericanas. La más antigua, la argentina *Télam*, fue fundada en abril de 1945 a instancias del entonces Ministro de Trabajo y futuro presidente, Juan Domingo Perón, para hacer frente a la “hegemonía informativa” de UPI y AP, el mismo propósito con el que nació en junio de 1959, a iniciativa de Fidel Castro y el *Che* Guevara, la cubana *Prensa Latina* (PL), con un plantel de lujo: Gabriel García Márquez, el uruguayo Carlos María Gutiérrez y el argentino Rodolfo Walsh, además de su fundador, el también argentino Ricardo Masetti. La agencia mexicana *Notimex*, estatal como las anteriores, vio la luz en agosto de 1968, cinco años después que ANF, en vísperas de los Juegos Olímpicos y la masacre estudiantil de Tlatelolco.



Cundo Bermudez: "Lugar de gente 1"

Unas y otras tenían como referentes a las cuatro grandes agencias internacionales de la época, las estadounidenses *United Press International* (UPI) y *Associated Press* (AP) —por entonces hegemónicas en el continente—, la francesa *France Presse* (AFP) y la inglesa *Reuters*. La *Deutsche Presse-Agentur* (DPA), la española EFE

y la agencia internacional IPS preparaban su desembarco en América Latina.

ANF tuvo un inicio más bien modesto, como agencia “alternativa”, con un boletín diario. Contenía media docena de notas y se editaba cinco días a la semana, de lunes a viernes. “La idea era proporcionar información de fondo y noticias sobre desarrollo económico y social para equilibrar la información política, así como noticias del interior del país”, recordó Gramunt. “Buscábamos información exclusiva para no competir con los corresponsales de los diarios clientes”, agregó.

La redacción de una agencia de noticias es diferente a la de cualquier otro medio, sea diario, radio o televisión. Ana María Romero la describe en su

novela *Cables cruzados* como una olla de presión a punto de reventar, con su “ritmo alocado”, su ir y venir de periodistas y sus decenas de teletipos vomitando noticias las 24 horas del día bajo la tensión y el suspenso de la cobertura diaria. Así era la central de la UPI en Washington, donde Ana María trabajó a principios de los 80 y en la que ambientó su historia, pero, obviamente, la redacción del gigante de la información mundial nada tenía que ver con la que había conocido en *Fides* cuando inició su carrera como periodista, a fines de la década de los 60.

ANF estaba instalada en el segundo piso del viejo edificio de *Radio Fides*, de la que era apenas un apéndice, en una modesta oficina de veinte metros cuadrados sin ventilación y poca luz, con dos escritorios de madera y sendas máquinas de escribir *Underwood* y *Olivetti*. Un par de armarios, varios archivadores repletos de documentos y recortes de periódicos, un teléfono y ceniceros por doquier, completaban el mobiliario. “¿Ésta es la redacción de ANF?”, me preguntó asombrado el enviado de un diario mexicano, cuyo salario mensual equivalía probablemente al presupuesto de un año de la agencia. Era la época en que corresponsales de todo el mundo visitaban Bolivia atraídos por el proceso político que había desencadenado la guerrilla del *Che*, y ANF era el referente obligado.

1.3. Periodistas “tres en uno”

La agencia comenzó su andadura con un equipo mínimo: tres reporteros-redactores-editores –“periodistas tres en uno”– en la “redacción central” de La Paz –Oscar Rivera Rodas, José Luis Alcázar y el autor de esta crónica– y sendos corresponsales en Sucre, Cochabamba, Santa Cruz y Oruro. Poco después se incorporaron, sucesivamente, Hernán Maldonado, Francisco Roque Bacarreza, Carlos Ossio, Ana María Campero y Enrique Eduardo Zalles, quienes, al igual que los primeros, realizaron una larga carrera profesional en el exterior con diversas agencias internacionales.

“Cuando comenzamos, nos reuníamos todos los días en la dirección con Gramunt y Salazar, para discutir la agenda. Los tres fuimos fundadores de ANF. ‘Ustedes se parecen a los tres mosqueteros’, nos dijo un día de esos, de los primeros de la agencia, el padre José María Lop, que fungía como técnico de la radio, al comentar el entusiasmo de Gramunt, de Salazar y mío por la nueva aventura”, recordaría años más tarde Alcázar, quien cubría la información del Palacio de Gobierno.

Los primeros boletines informativos, escritos a máquina en “papel seda” y copias carbónicas *Pelikan*, salieron con destino a *La Patria* de Oruro, y *Prensa Libre* de Cochabamba, a mediados de 1964. Hasta entonces Radio Fides era el único consumidor de los despachos que enviaban los corresponsales del interior desde diez meses antes. El diario *La Patria* publicó el 5 de julio, once meses después de la fundación de la agencia, siete noticias fechadas en La Paz y Sucre. Fueron las primeras que difundió un diario boliviano bajo la sigla de ANF. “Congreso de Cooperativas censura la inoperancia del Banco Agrícola”, titulaba una de las notas. “Seminario sobre temas sexuales prosigue sus estudios en La Paz”, informaba otra.

Tres años después, en 1967, al salir nuevamente a las calles luego de haber permanecido clausurado durante 15 años, *Los Tiempos* de Cochabamba se convirtió en el tercer cliente de la agencia en el interior de la República. *El Nacional*, diario estatal fundado y dirigido por el periodista Ted Córdova-Claure durante el gobierno militar izquierdista del general Alfredo Ovando Candia (1969-70), abrió el camino a la presencia de ANF en La Paz.

“El comienzo no fue nada fácil”, recordó Hernán Maldonado en su blog *Tierra lejana*, desde Miami, en plena era digital: “Al coincidir en la pequeña oficina, nuestro saludo con Juan Carlos Salazar era singular: ¿Qué tienes hoy? ¿Y tú? El ritual se repetía todos los días, al mediodía. Entonces cotejábamos apuntes de los reportajes hechos en la mañana, nos dividíamos las tareas y empezábamos a teclear en un papel original y seis copias. No podíamos equivocarnos. Y no podía haber errores y borrones. Tenía que ser un producto terminado”, rememoró.

De allí salíamos rumbo a la flota de autobuses *Urus* y al *Lloyd Aéreo Boliviano* (LAB) con los sobres “repletos de noticias” para los clientes de Oruro y Cochabamba, en una rutina diaria que incluía las tres funciones del “agenciero” de la época: reportero por la mañana, redactor-editor al mediodía y mensajero por la tarde.

“Recuerdo que volaba al mediodía del Palacio de Gobierno a la redacción, para redactar las notas de la Presidencia y de los principales dirigentes de la oposición, a los que entrevistaba telefónicamente a primera hora de la mañana, todos los días. Había que escribirlas con copias para distribuirlas entre los primeros clientes. Ese afán se prolongó hasta fines de 1966, cuando ingresé al diario *Presencia* y me convertí en el ‘reportero telefónico’ de ANF y *Radio Fides*”, recordó por su parte Alcázar.

1.4. “Sólo exclusivas”

Ni el presupuesto ni las condiciones técnicas permitían producir un servicio como el que ofrecen las agencias en la actualidad. Pero a Gramunt tampoco le interesaba competir con la noticia del momento. “Para eso están los corresponsales de los diarios”, decía a sus reporteros-redactores. “Nosotros debemos ofrecer noticias exclusivas”, remachaba después de revisar los despachos diarios. Exigía, sobre todo, información vinculada al desarrollo, consciente de que ningún medio se ocuparía de ese tema. “Que los corresponsales de los diarios escriban sobre política”, sostenía.

“Hacíamos lo que se llama periodismo alternativo, no como medio alternativo, sino que veíamos lo que cubrían los periódicos y tratábamos de darles otra cosa”, recordó Ana María Romero en una entrevista con la periodista Julieta Tovar. “Para nosotros era básico y parte de nuestro orgullo tener ‘pepas’ (primicias)”, agregó.

El servicio estaba montado en dos pilares: las noticias sobre desarrollo económico y social y la información del interior del país. Temas políticos, los justos. “En la atmósfera informativa dominada por el quehacer oficial, para ANF resultaba una tarea harto difícil ofrecer a sus clientes noticias que se zafasen de ese apretado corsé. A veces resultaba angustiosa la tarea cotidiana para los redactores de la novel agencia”, recordaría años más tarde Roque Bacarreza. Así surgió una broma que resumía el diario desafío al que se enfrentaban los periodistas y su director: “Dame un titular y te llenaré dos páginas”.

En una carta suscrita el 16 de septiembre del mismo año, el Jefe de Redacción del diario *Prensa Libre* de Cochabamba, José Medrano Carrillo, agradecía el “servicio de tanta magnitud” que le ofrecía ANF, que le permitía a su periódico –según decía–, recibir noticias “fuera del alcance” de su corresponsal en La Paz y publicar una “amplia y vasta página con primicias del interior de la república”. *Prensa Libre* pagaba por el servicio una suscripción mensual de 100 bolivianos, menos de 10 dólares al cambio de la época.

“Nos movía el orgullo de ver que nuestros reportajes fueran publicados. ¡Ni siquiera los firmábamos con nuestros nombres!”, recordó Maldonado. “Eran épocas en que los periodistas bolivianos tuvieron que competir con monstruos del periodismo mundial y es grato recordar que se les ganó la partida cuando de obtener primicias se trataba”, añadió en alusión a la cobertura de la guerrilla del *Che* Guevara y el agitado proceso militar revolucionario que vivió poste-

riormente Bolivia, bajo el liderazgo de los generales Ovando Candia y Juan José Torres.

Aunque *Radio Fides* tuvo una gran cobertura de la guerrilla del *Che* Guevara, con información que encontraba cabida en su programación a cualquier hora del día, ANF sufrió las limitaciones de las comunicaciones de la época. Las noticias salían de Camiri, epicentro de la zona de guerra, vía telégrafo Morse y demoraban varias horas en llegar a la redacción de La Paz, no siempre a tiempo para su inclusión en el único boletín diario de la agencia, que se elaboraba al mediodía y sólo de lunes a viernes.

Sin embargo, desde los primeros días del estallido insurgente, sus periodistas enviaron crónicas completas sobre la evolución del conflicto. “La artillería del Ejército bombardea los focos principales de los guerrilleros comunistas”; “Son individuos jóvenes de barba y melena”, tituló el diario *La Patria* los reportajes transmitidos por los enviados de ANF tras el primer choque armado del 23 de marzo de 1967.

Gracias a José Luis Alcázar, quien cubría la guerrilla para el diario *Presencia* pero seguía colaborando con la agencia como “reportero telefónico”, *Fides*, junto con *Presencia*, dio la primicia de la captura del Che Guevara el 8 de octubre desde Vallegrande, un día antes de la confirmación oficial de la noticia.

A tono con su estilo, la agencia ofreció grandes exclusivas sobre las guerrillas, tanto de Ñanchahuazú como de Teoponte, resultado de las “coberturas clandestinas” que realizaban sus periodistas, en muchos casos con los servicios de seguridad pisándoles los talones. “Conseguimos el diario del ‘Chato’ Peredo. Hicimos el contacto con el *Gato* Salazar en la Plaza Uyuni; yo iba 20 metros atrás. Era clandestina la gente que nos había contactado”, recordó Ana María Romero en la entrevista con Julieta Tovar.

Como resultado de otra investigación periodística, ANF reveló las declaraciones secretas de los altos mandos ante el Tribunal de Justicia Militar sobre la participación de la Agencia Central de Inteligencia (CIA) en el “affaire” del diario del Che Guevara, testimonios que años más tarde publicaría el periodista y escritor argentino Gregorio Selser en su libro *La CIA en Bolivia*.

Pasaron varios años, más de una década, antes de que la agencia sustituyera la máquina de escribir y el papel carbónico por el teletipo y las cintas perforadas del télex. “En medio siglo de vida, ANF pasó del papel carbón a la computadora”, recordó Gramunt. “Es la única agencia de noticias que ha marcado verdadera huella en el quehacer periodístico nacional”, acotó Maldonado.

Pero no sólo en el plano nacional. “Bajo el alero de *Fides* se cobijaron tres de las grandes agencias internacionales de prensa, como la alemana DPA, la francesa AFP y la española EFE”, recordó Roque Bacarreza. “Gramunt, que era el timonel del grupo, a su tiempo delegó a sus inmediatos colaboradores periodistas la responsabilidad de trabajar para las agencias internacionales a las que estaba vinculado y que años más tarde los transformó en prestigiosos corresponsales de la prensa internacional fuera de las fronteras de Bolivia”, agregó. Maldonado coincidió en que Gramunt formó “legiones de periodistas que le dieron brillo a la profesión, no sólo en el país sino en el extranjero, muchos de ellos en agencias noticiosas mundiales como AP, UPI, AFP, DPA, IPS y EFE”.

Mirando hacia atrás, Gramunt recordó en uno de sus últimos editoriales los “tiempos de abundantes turbulencias y sólo de escasos respiros” que vivió la agencia en medio siglo de vida, pensando, tal vez, en los años de fuego de las dictaduras, cuando los periodistas debían trabajar con “el testamento bajo el brazo”. *Fides* y su director sufrieron en ese lapso todo tipo de sanciones y amenazas.

La “dictablanda” del general René Barrientos Ortuño criticó y presionó a *Fides* por su cobertura “procomunista” de la guerrilla del Che Guevara, en 1967; el general Hugo Banzer Suárez le impuso una multa de 20.000 pesos por difundir unas “declaraciones subversivas” de un ex ministro del general Torres, en 1972; Luis García Mesa, el capo de la dictadura de los narcodólares, destruyó las instalaciones de la radio y la clausuró por 17 meses por el único delito de ser *Fides*, en la larga noche de 1980/81, y, para rematar, Evo Morales demandó a ANF por haber sustituido el sustantivo “flojos” por el adjetivo “flojera” en un discurso presidencial. ¡Todo un récord para un medio independiente! Pero no sólo eso. Varios de sus periodistas fueron víctimas de la prisión o el exilio.

“En tan largo tiempo, las hemos visto pasar de todo color”, escribió Gramunt al recordar el trabajo “a sol y sombra, en las buenas y en las malas, pero siempre con la misma vocación de servicio al país, vocación cristiana y democrática”. Con un largo medio siglo a cuestas, en el que vio pasar a varias generaciones de periodistas, señaló que el cincuentenario de ANF, que se cumplió en agosto de 2013, era todo “un hito en la historia del periodismo boliviano”. Jubilado a sus 90 años en mayo de 2013, apeló a la célebre arenga del general romano Pompeyo para resumir la trayectoria de la agencia de su creación y, tal vez, su propia vida: “*Navigare necesse est, vivere non est necesse*”.

2. La cobertura de la guerrilla del Che. Entre guerrilleros escurridizos, censores militares y atractivas espías

Si el éxito de un reportero depende de una ecuación fortuita: estar en el lugar exacto y en el momento preciso en que se produce la noticia, David Cabezas y Hugo Delgadillo dieron en la diana el día que la fortuna los puso sobre la pista de la gran historia que se tejía en la selva del sudeste boliviano. Paradójicamente, ninguno era periodista de profesión. Eran dentistas. Habían incurrido en el periodismo por pura afición. Recién egresados de la universidad de Sucre, dedicaban los fines de semana a prestar servicios en las provincias. Con un “consultorio ambulante” –un torno portátil y un maletín de medicinas e instrumentos–, recorrían las comunidades rurales haciendo curaciones y extracciones. Así llegaron a Muyupampa, donde escucharon los primeros rumores sobre la presencia de gente armada de boca de unos pacientes inusuales, los soldados destacados en la región, testigos privilegiados del suceso que se gestaba en Ñancahuazú. Corría el verano del 67.

Reporteros con experiencia y oficio, olieron la noticia y la transmitieron de inmediato a sus redacciones de La Paz. Cabezas era corresponsal de la Agencia de Noticias Fides (ANF) y Delgadillo del diario *Presencia*. ¿Guerrillas en Bolivia? Sea por la imprecisión de los datos iniciales o la falta de fuentes confiables –o ambas cosas–, sus reportes quedaron en la congeladora a la espera de una confirmación oficial, que llegó bastante tarde, el 26 de marzo, ¡tres días después del primer choque armado!

“¡No me creyeron! Pudimos haber dado la primicia, pero no me creyeron”, se quejó días después el reportero-dentista de ANF, mientras informaba sobre las primeras acciones antiguerrilleras desde Muyupampa.

Los informes de Hugo Delgadillo, conocido en el medio por el apelativo de *Toscano*, corrieron la misma suerte. *Presencia* abordó el tema por primera vez el 15 de marzo. “Autoridades de Monteagudo indagan posible existencia de guerrilleros”, informó desde Sucre, citando al subprefecto de esa localidad. Una semana más tarde, el 22, desplegó la primicia en su primera plana: “Guerrilla castro-comunista opera en territorio nacional”. El Gobierno lo negó. “¡Son rumores!”, declaró en tono airado el presidente René Barrientos Ortuño. Su desmentido duró lo que una salva de cohetes. La guerra estalló al día siguiente, el 23 de marzo.

El impacto de la noticia fue brutal. Y no era para menos. Un comando guerrillero había emboscado a una patrulla militar en una cañada de nombre hasta entonces desconocido, Ñancahuazú, causándole siete bajas. “Día de acontecimientos guerreros”, apuntó Ernesto *Che* Guevara en su diario de combate. El Gobierno ocultó la derrota durante tres días. Todavía no se sabía que el *Che* lideraba el movimiento, pero se conocía, gracias a las infidencias de algunos oficiales, que el contingente estaba integrado por combatientes extranjeros, posiblemente cubanos, que se habían instalado en el corazón de Bolivia con el propósito de encender la revolución continental.

“¿Qué hacemos? ¿Cómo organizamos la cobertura?”, preguntó a sus colaboradores el sacerdote jesuita José Gramunt de

Moragas, director de *Fides*, en la mañana del 27 de marzo. Con la tinta todavía fresca, los periódicos desplegados sobre su escritorio anunciaban a toda página el bautizo de fuego del grupo insurgente. “Un oficial, seis soldados y un civil fusilados por guerrilleros”, titulaba *Presencia*. Había preocupación en la redacción de ANF, la única agencia de noticias de Bolivia. ANF contaba con un solo hombre en la región, David Cabezas, y carecía de recursos para desplazar a otros periodistas a la zona.

La solución vino de la mano de dos agencias internacionales, la alemana DPA y la española EFE, de las que Gramunt era corresponsal y con las que *Fides* tenía sendos convenios de colaboración. Interesadas en el acontecimiento, DPA y EFE accedieron de inmediato a financiar el viaje de un enviado de *Fides* para compartir la información.



Cundo Bermúdez: Mural

Así llegué al sudeste boliviano, inmediatamente después del estallido rebelde, con tres mudas de ropa, una libreta de apuntes, una cámara fotográfica y una máquina de escribir portátil “Olivetti”, compañera inseparable de los corresponsales de guerra de la época, para una cobertura de unos pocos días, pero que se prolongó por nueve meses. Mi misión era informar para *Fides*, pero también para la agencia DPA, copatrocinadora del viaje.

El hecho de que las primeras noticias hubiesen salido de Muyupampa llevó a reporteros y fotógrafos a intentar entrar a la región desde Sucre, como recordo años después el enviado especial de *El Diario*, Ángel Tórres. “Al llegar al aeropuerto capitalino, la primera persona conocida que encuentro es a Gato Salazar, quien me dice: ‘Angelito, en Muyupampa no hay nada, tenemos que ir a Camiri, allí está la gran cocina de todo’. Él fue el primer enviado de prensa a la cobertura informativa de la guerrilla”.

Impedidos de ingresar al escenario de la emboscada por Muyupampa, blindada por el cerrojo militar desde el mismo 23 de marzo, los informadores volvieron sobre sus pasos y enfilaron rumbo a Camiri, con la idea de entrar a la zona por Lagunillas, una aldea próxima a Ñancahuazú, ubicada a unos 90 kilómetros al norte de esa población.

A los pocos días, Camiri se había convertido en centro de operaciones y cuartel general de los enviados de la prensa de todo el mundo.

2.1. ¡Bienvenidos a Camiri!

Desde la ventanilla del destartado DC-3 del Lloyd Aéreo Boliviano (LAB), la capital petrolera lucía aplatanada, inmersa en el sopor de los últimos calores del verano. Los pasajeros, en su mayoría periodistas, descendían por la escalera del avión envueltos en un vaho denso y pegajoso, mientras un agente de la policía política –la Dirección de Investigación Criminal (DIC)–, vestido de traje azul lustroso, camisa blanca y corbata negra, los esperaba en la puerta y los retrataba sin disimulo con una pequeña cámara Kodak Instamatic.

“Preparen su identificación”, pedía un empleado de la línea aérea a los viajeros, ante la mirada desganada de una veintena de soldados de la Cuarta División de Ejército, sofocados dentro de sus flamantes uniformes de camuflaje. Un letrero descolorido, clavado en el frontis de la modesta terminal del aeropuerto de Choreti, saludaba a los recién llegados: “Bienvenidos a Camiri”.

Los periodistas podían trasladarse libremente a la localidad petrolera hasta que el Alto Mando la declaró “zona militar” y exigió a reporteros y fotógrafos

que recabaran una autorización especial del Alto Mando para entrar a la región. Una vez en Camiri, los enviados tenían la posibilidad de desplazarse en jeep por una senda estrecha hasta Lagunillas, a una hora y media de viaje, y a continuación, a pie, hasta la “casa de calamina”, puerta de acceso al cañadón de Ñancahuazú, el escenario de las dos emboscadas tendidas por los hombres de Roberto *Coco* Peredo en marzo y abril.

El cañón estaba surcado por un río más o menos caudaloso, dependiendo de la época. Vadeando sus aguas durante un par de horas, se llegaba al “campamento base” de los rebeldes, donde el *Che* vivió cinco meses antes de iniciar su peregrinaje por la selva, acosado por el Ejército.

Pese a ser el mayor centro petrolero del país, sede de la Cuarta División del Ejército e importante nudo comercial cruceño —por entonces con unos 27.000 habitantes—, Camiri carecía de las mínimas infraestructuras. Ubicada a 640 kilómetros al sudeste de La Paz, las comunicaciones con el resto del país eran un desastre, incluso para los parámetros de la época, con un telégrafo y un servicio de telefonía por radio que funcionaba únicamente una hora al día. El télex era un lujo tecnológico desconocido fuera de la ciudad de La Paz. Mis instrumentos de trabajo eran la libreta de notas y el bolígrafo; mi medio de transmisión, ¡el telégrafo Morse! “¿Usted cree que me voy a pasar todo el día transmitiendo este testamento?”, me espetó el viejo telegrafista de Muyupampa cuando le entregué una nota de no más de veinte líneas con mi primera información sobre la guerrilla.

Los hoteles resultaron insuficientes para albergar a las decenas de periodistas que arribaron al lugar para cubrir el alzamiento. Algunos enviados americanos y europeos tuvieron la suerte —y el dinero— de encontrar sitio en los confortables alojamientos del campamento de Yacimientos Petrolíferos Fiscales Bolivianos (YPFB), destinados a ingenieros y geólogos, pero el grueso debió contentarse con una cama en habitaciones dobles y hasta triples de los dos únicos hostales del pueblo, el *Marieta* y el *Beirut*.

Además de una pequeña sala de cine y la piscina de la “ciudadela petrolera”, Camiri no contaba con lugares de esparcimiento, así que el restaurante del *Marieta*, propiedad del italiano Federico Forfori, un buen anfitrión y mejor cocinero, se convirtió muy pronto en centro de reunión y tertulia de los visitantes. Forfori había militado en las juventudes fascistas. Escapó de Italia cuando se derrumbó el régimen de Benito Mussolini, en las postrimerías de la Segunda Guerra Mundial, y buscó refugio donde nadie pudiera ubicarlo ni reconocerlo:

Camiri. Se hizo amigo de los periodistas, pero también de los militares, aunque éstos no se dejaban ver casi nunca en su restaurante.

”Las calles no estaban pavimentadas, pero era un lugar agradable, con su gente amable que vivía en medio del polvo que parecía estar suspendido en el aire y que se mezclaba con el dulce olor del humo del fuego de la madera usada para cocinar”, recordaría años después Martin McReynolds, un periodista estadounidense que cubrió el proceso militar al filósofo y escritor francés Régis Debray y al pintor argentino Ciro Bustos para la agencia United Press Internacional (UPI). “De hecho, me gustó Camiri”, resumió al evocar su experiencia.

La vida social, que hasta el estallido de la guerrilla se circunscribía al campamento petrolero y a la “aristocracia” de geólogos e ingenieros, se vio alterada con la invasión de reporteros, fotógrafos y camarógrafos de todas las nacionalidades. Alegres y amigables, los vecinos confraternizaron rápidamente con los enviados de prensa. “Pensé que varias de las jóvenes eran sorprendentemente bonitas, pero sus familiares las mantenían resguardadas de los periodistas itinerantes”, escribió McReynolds al recordar uno de los bailes organizados por los corresponsales, que solían ser amenizados por Guillermo Butikofer, un popular organista de la época.

”Yo no quiero contar nada de las fiestas, de las noches folklóricas y asados, que los periodistas extranjeros organizan invitando a muchas familias de Camiri”, rememoró a su vez Nicolai Klaus Schwidronski, otro cronista que terminó enamorado del pueblo. “Tan solo quisiera hablar de este rumor que se dice al oído: ha nacido un gran amor entre una camireña y un periodista extranjero”, agregó en tono cómplice. En un artículo escrito para un diario de La Paz, atribuyó a “malos narradores de cuentos” las versiones sobre una supuesta tensión entre los camireños y los periodistas foráneos. “Personalmente –afirmó–, puedo decir que, con excepción de dos o tres hombres en uniforme, tengo tan solo amigos en Camiri”.

Sin embargo, era evidente que los militares no perdían ocasión de agitar a las “fuerzas vivas” de la población para enfrentarlas con la prensa. Algunos vecinos, azuzados por la Sección II (Inteligencia) de la Cuarta División, llegaron a solicitar la expulsión de algún corresponsal por el solo hecho de haber descrito a Camiri como un “pueblo polvoriento” o a sus restaurantes como lugares “infestados de moscas y olor a grasa y fruta podrida”, como escribió el enviado especial de *Life*, Lee Hall.

El día a día podía ser muy aburrido para los periodistas, con pláticas interminables en un banco de la plaza o visitas rutinarias al Comando de la Cuarta División, a la espera de noticias que no se producían o no terminaban de llegar. Las incursiones a Lagunillas y a las comunidades vecinas servían más para disimular el tedio que para obtener información. Presionados y amenazados por el Ejército, los campesinos cortaban de cuajo con un “¡no sé!” o “¡no los he visto!” cualquier pregunta sobre sus eventuales encuentros con los guerrilleros que deambulaban por la selva. “Sin novedad en el frente”, era el reporte de los excursionistas a sus redacciones.

2.2. Viejos trucos del espionaje militar

Desde la detención de Debray y Bustos, quienes habían intentado hacerse pasar por reporteros cuando salían de Ñancahuazú tras haberse entrevistado con el Che, los militares recelaban de las cámaras y los micrófonos. Debray, Bustos y el fotógrafo británico George Andrew Roth fueron apresados el 20 de abril. *Toscano Delgadillo* logró tomarles una foto el mismo día en el patio de la policía de Muyupanpa, junto al párroco del pueblo, el alemán Leo Schwartz, pero *Presencia* la publicó dos semanas después, el 3 de mayo.

El rollo de película recorrió medio país de mano en mano desde que salió de Camiri hasta que llegó a La Paz, en una carrera de postas a cargo de diferentes viajeros, ninguno de los cuales conocía el valor periodístico del pequeño paquete que les habían encomendado. Para entonces, el presidente Barrientos ya había difundido la versión de que los tres extranjeros habían “muerto en combate”. La foto le salvó la vida a Debray, pero condenó a muerte al *Che*. Escaldado por el revuelo internacional que había ocasionado la detención del joven intelectual francés y la campaña a favor de su liberación, el Ejército decidió que a partir de entonces la guerra sería sin prisioneros.

Los militares veían a los periodistas como propagandistas de la causa guerrillera o colaboradores potenciales del enemigo. No solamente a los extranjeros, también a los bolivianos. El ministerio de Gobierno, a cargo de Antonio Arguedas, el agente doble que terminaría enviando el diario y las manos y la mascarilla mortuoria del *Che* a Cuba, después, para entregarlas a Fidel Castro, convocó un par de veces al padre Gramunt para quejarse por la “información procomunista” de la agencia Fides sobre la guerrilla.

“No podíamos confiar en nadie”, admitió años después el general Luis Reque Terán durante su exilio en Buenos Aires. El militar, uno de los estrategas de la lucha contrainsurgente en Ñancahuazú, primero, y Teoponte, tres años des-

pués, era el invitado estrella de uno de los frecuentes almuerzos que solía organizar el periodista boliviano Augusto Montesinos Hurtado en su departamento de la calle Billingham del barrio del Abasto. Recién llegado a Buenos Aires tras ser expulsado por la dictadura de Banzer Suárez, el militar fue elocuente al revelar algunos de los “trucos” de los que se valía la Sección de Inteligencia de la Cuarta División para vigilar a la prensa: “No todas las chicas eran amigas desinteresadas de los periodistas...”, se despachó con una sonrisa maliciosa, al sugerir que algunas de las jóvenes y guapas camireñas que frecuentaban a la “tropa periodística” habían trabajado como informantes del Ejército, pero, obviamente, se abstuvo de dar nombres. “Es un secreto militar”, dijo, con otra sonrisa y un guiño a los comensales. Los periodistas que cubrieron la guerrilla eran conscientes de que se movían entre oficiales de pocas pulgas y torpes censores militares, pero ignoraban que eran vigilados por jóvenes y atractivas espías infiltradas por los servicios de seguridad.

Designado comandante de la Cuarta División con el rango de coronel en los primeros días de junio, unas seis semanas después del estallido del conflicto, Reque Terán se jactaba de su formación en la Escuela de Infantería de Fort Benning, en Georgia. Presumía de su inglés con acento sureño y solía alternar la gorra militar con un sombrero tejano. Era agradable en el trato personal e intentaba mostrarse amigable y “comprensivo” con la prensa, dejando el papel de policía malo para el jefe de la Sección II, el temible capitán Echeverría. Su oficina estaba decorada con un mapa de Bolivia, donde aparecía Ñancahuazú marcado por un círculo rojo, y cartelones alusivos a la lucha antiguerrillera y a los “crímenes” de Fidel Castro y su “enviado” e “ideólogo”, Regis Debray. “Debray: El que a hierro mata, a hierro muere”, se leía en uno de los carteles.

Cuando asumió la comandancia de la División, el Ejército ya había impuesto la censura de prensa y expulsado a los primeros periodistas, entre ellos Humberto Vacaflor, enviado de *Presencia*. El antecesor de Reque Terán, coronel Humberto Rocha, se molestó porque Vacaflor había publicado los planes de las fuerzas contrainsurgentes para tapar la eventual retirada de los guerrilleros hacia Villamontes. Lo curioso es que el periodista citaba como fuente a un edecán del propio presidente Barrientos, a quien había entrevistado en el avión cuando viajaba a Camiri. “Vacaflor ha difundido un secreto militar”, dijo Rocha para justificar la expulsión.

Desde fines de abril, todos los despachos informativos debían ser revisados y aprobados por un censor militar antes de ser enviados a las redacciones de los medios. La oficina del telégrafo rechazaba los telegramas que no tuvieran el

sello de la Sección Segunda. Se podía burlar la censura aprovechando el favor del algún viajero, pero el infractor corría el riesgo de ser expulsado al difundirse la noticia escamoteada a los uniformados. “Existía el temor de que los periodistas alertaran a los guerrilleros con sus noticias sobre los movimientos operativos del Ejército”, dijo Reque Terán en Buenos Aires al intentar justificar las medidas de control. “No se puede negar que en Camiri se ha instalado una tremenda burocracia para todos los periodistas”, escribió Schwidronski. “Dos simples coroneles no pueden tener ni el derecho ni el poder de echar de Camiri a un periodista extranjero, aunque reine de nuevo la prehistórica ley del más fuerte”, protestó. Se refería a Reque Terán y al fiscal militar en el proceso a Debray, Remberto Iriarte.

Pero la expulsión no era la única amenaza. Más de un periodista se encontró al llegar a la habitación de su hotel con la desagradable sorpresa de que manos desconocidas habían revuelto sus pertenencias y papeles en busca de información. “¡Echeverría anda suelto!”, comentaban los afectados en el *Marieta* al comentar los poco discretos allanamientos.

2.3. Periodistas sí, pero con uniforme

A partir de la declaratoria de “zona militar” y bajo una virtual ley marcial, los enviados de prensa tampoco podían moverse libremente fuera del pueblo de Camiri. Debían hacerlo, necesariamente, en compañía de un oficial. Pero, además, si se internaban en la selva con una patrulla, “incrustados” en las filas de la tropa, debían vestir el uniforme militar.

Conseguir una autorización para una incursión de este tipo no era fácil. Tras muchas gestiones, obtuve permiso del Comando de la Cuarta División para entrar a Ñancahuazú. Lo hice en compañía de otros dos colegas, Horacio Alcázar, enviado de *Presencia*, y Ángel Tórreres, de *El Diario*. Fuimos los únicos civiles, aunque enfundados en uniformes de los Rangers de Challapata, que visitamos el “campamento base” del *Che* antes de que fuera desmantelado por el Ejército.

La obligación que imponen los ejércitos a los periodistas de vestir uniforme militar si desean acompañar a las tropas en campaña, como ocurrió durante la guerrilla del *Che*, fue motivo de un debate a nivel mundial durante la invasión a Irak en la llamada segunda guerra del Golfo (2003). Los medios y las organizaciones de periodistas siempre se han opuesto a este condicionamiento, pero terminan aceptándolo porque es la única manera de acceder al teatro de operaciones, aunque los enviados “empotrados” (“*embedded journalist*”) en las

filas militares están obligados a advertir a sus lectores o audiencias de las condiciones y limitaciones –incluso censura– en que realizan su trabajo.

Así también ingresó a la selva, “empotrado” en las tropas de los Rangers, José Luis Alcázar. Enviado por *Presencia* y ANF, fue el único periodista que vio y fotografió a las tropas contrainsurgentes en plena acción de combate. La primera vez, en Pirirenda, el 16 de mayo; la segunda, en El Espino, en la zona de Abapó Izozog, el 30 de mayo. Cofundador de la agencia *Fides*, Alcázar es autor de *Ñacahuasu, la guerrilla del Che en Bolivia* (1969), una monumental recreación de la aventura guevarista al mejor estilo del “Nuevo periodismo”, la escuela que nació con Tom Wolfe en Estados Unidos en la década de los 60 y que tuvo al argentino Rodolfo Walsh como su primer exponente en América Latina, con *Operación masacre*.

La zona elegida por los colaboradores del *Che* se asemejaba a la Sierra Maestra, donde Fidel Castro inició la lucha contra el dictador Fulgencio Batista a fines de los 50, con pequeñas lomas y árboles frondosos en sus laderas. El “campamento base” estaba situado en la parte superior del río Ñancahuazú, sobre un terreno accidentado cubierto de vegetación, con árboles altos que cubrían la pequeña explanada, y monte bajo en los alrededores. Era una región de escasa población, no más de mil almas, dispersas en las comunidades aledañas. La famosa “casa de la calamina”, la propiedad agrícola que compró *Coco* Peredo, servía de punto de enlace y acceso al campamento.

“Aquí cayó el teniente Rubén Amezaga”, nos dijo nuestro guía, el capitán Mario Oxa Bustos, al pasar por el escenario de la emboscada del 23 de marzo. Los rebeldes habían establecido la trampa en un recodo, donde la cañada se estrechaba y el caudal del río crecía ligeramente. Los troncos de los árboles y los farallones circundantes mostraban las huellas del combate. Protegidos por la maraña y las grandes piedras que flanqueaban el cauce del Ñancahuazú, los hombres del *Coco* Peredo dieron muerte a siete militares e hicieron 14 prisioneros, incluidos cuatro heridos, en un espectacular golpe militar y mediático que sacudió al país y llevó a Bolivia a la primera plana de la prensa mundial.

Los bombardeos lanzados por el Ejército en los días siguientes dejaron marcas profundas en los alrededores del campamento-base, pero sin alcanzarlo. “Cuando entraron las tropas, no encontraron a nadie”, recordó Oxa Bustos durante la expedición. Los guerrilleros lo habían abandonado el 17 de abril, una semana después del choque con las tropas del mayor Rubén Sánchez, dejando un caudal de documentos y fotografías, además de los retratos que había

dibujado Ciro Bustos de todos y cada uno de los rebeldes, empezando por el *Che*, un verdadero tesoro para la CIA y los servicios de inteligencia.

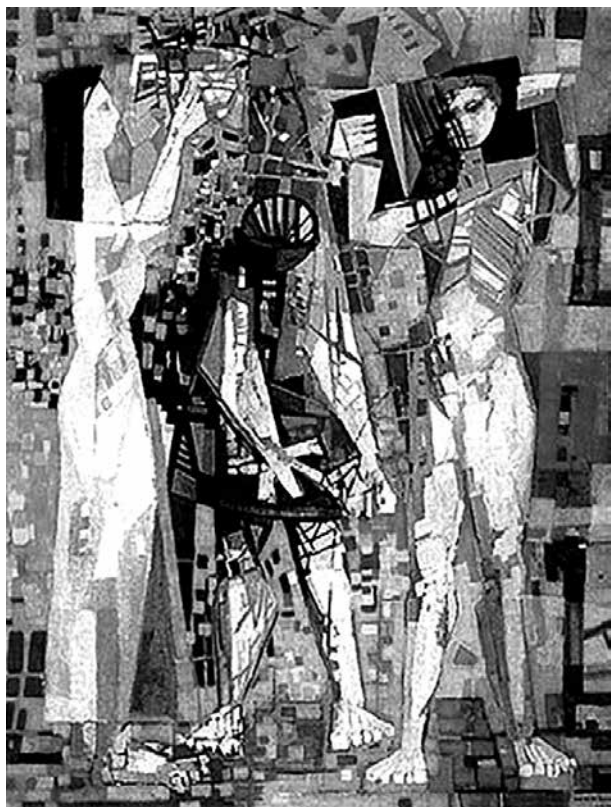
2.4. Rumores, leyendas y primicias

Aquellos primeros días fueron de gran confusión. La prensa –nacional e internacional– recogía rumores sobre combates inexistentes e historias novelescas, verdaderas leyendas sobre sus protagonistas, en muchos casos alentadas por los propios oficiales para minimizar sus derrotas militares. Sin embargo, la agencia *Fides* logró buenos impactos desde los primeros días de la contienda con informaciones desde el teatro de operaciones. Diez días después del primer choque armado, ANF identificó a *Coco* Peredo como uno de los jefes guerrilleros y entrevistó a su hermano Antonio.

También divulgó una versión sobre una supuesta utilización de napalm en los bombardeos sobre Ñancahuazú. La información pasó desapercibida en Bolivia hasta que se difundió en la prensa internacional. El periodista mexicano Luis Suárez, a quien conocí en un vuelo a Camiri, me citó como fuente en un extenso reportaje para la revista *¡Siempre!* y me mencionó como supuesto testigo de un bombardeo, algo que nunca había escrito. El artículo fue reproducido por *El Pueblo*, un semanario comunista paceño de escasa circulación, provocando el enojo del ministerio de Gobierno. Un funcionario me llamó por teléfono para recriminarme por la versión, pero curiosamente nunca hubo un desmentido oficial ni del Gobierno ni de las Fuerzas Armadas.

Yo había obtenido la información de un oficial del Ejército, quien me dijo que los aviones de la Fuerza Aérea portaban bombas napalm y que incluso las utilizaron en algunas de las incursiones sobre la zona rebelde de las que él participó, pero lo cierto es que nunca pude confirmar ni mucho menos precisar las fechas ni los lugares donde supuestamente fueron arrojados los mortíferos artefactos que en esa misma época hacían estragos en las selvas de Vietnam. Paradójicamente, la confirmación de la noticia llegó 46 años más tarde, en agosto de 2013, gracias a los documentos desclasificados de los archivos de la dictadura brasileña de la época, publicados por el diario *O Estado de Sao Paulo*, según los cuales el dictador argentino Juan Carlos Onganía había entregado a su colega Barrientos 100 bombas napalm de 50 kilos para combatir al *Che*.

El Ejército, que jamás se refirió a temas sensibles de la lucha contrainsurgente, había tendido un verdadero “cerco sanitario” –militar e informativo– en torno a la “zona roja” desde los primeros días de marzo, inmediatamente después de que confirmara la presencia de los rebeldes gracias a la delación de dos deser-



Manabu Mabe

tores, Vicente Rocabado y Pastor Barrera, quienes dieron las pistas iniciales sobre la presencia del *Che* en Nancahuazú y confesaron que su nombre de guerra era *Ramón*, y los informes de un guerrillero expulsado por el *Che* el 27 de marzo, Hugo Choque Silva (*Chingolo*).

En esas circunstancias, el enjambre de informadores que deambulaba por la región carecía de fuentes oficiales para respaldar sus informes y debía contentarse con los testimonios de los pocos civiles que habían tenido contacto directo con los insurgentes. Uno de ellos era el médico Manuel Sauma, miembro de una comisión de la Cruz Roja que ingresó a la zona el 28 de marzo para rescatar los cadáveres del choque ocurrido cinco días antes, a quien entrevisté en Lagunillas a su salida de la selva.

En lo que fueron las primeras declaraciones de un testigo independiente sobre la composición de la partida y los ideales políticos de los alzados, Sauma describió a los rebeldes como “individuos jóvenes de barba y melena”. Y así presentó la extensa entrevista el diario *La Patria* de Oruro, uno de los clientes de ANF, en su edición del 5 de abril: “Son individuos jóvenes de barba y melena. Vestían el uniforme camuflado del Ejército que habían quitado a los prisioneros. Algunos vestían camisa verdeoliva y gorra. Uno usaba una boina tipo vasco, otro una camisa amarilla. También había gente vestida de civil. Todos llevaban botines y estaban armados. Uno tenía un fusil, otro una ametralladora ‘piripipí’ y el resto carabinas”, dijo Sauma, en la primera descripción que se conoció de los alzados.

La nota demoró varios días en llegar a la redacción de la agencia. Seguro de que el telegrafista de Lagunillas no habría aceptado transmitir “semejante testamento”, como me había dicho días antes su colega de Muyupampa, opté por acudir a los servicios de un viajero para enviarla a La Paz, pero el “chasqui”,

como solía ocurrir en estas ocasiones, demoró tres o cuatro días en llegar a destino, retrasando la difusión de su contenido.

Por lo general, la información salía de la zona vía telégrafo en notas breves, escritas con una gran economía de palabras, en el estilo preciso, conciso, directo y comprimido del “lenguaje telegráfico”. Al llegar a la redacción de la agencia en La Paz, los telegramas de los enviados y corresponsales eran “traducidos” al buen romance por el editor Hernán Maldonado.

En todo caso, la entrevista tuvo un fuerte impacto, porque recogía el testimonio de un testigo independiente que había visto y hablado por primera vez con los guerrilleros y porque los rebeldes aprovecharon el viaje para desvirtuar la propaganda oficial y desmentir las “mentiras” del Ejército y la administración de Barrientos Ortuño. “Nosotros no somos salteadores, no somos bandidos. Estamos luchando por la liberación nacional”, le dijeron a Sauma. “La población civil no tiene que temer, puesto que la lucha no es contra los civiles, sino contra el Ejército”, afirmó un guerrillero, citado por el médico. Asimismo, negaron haber fusilado a los soldados, como aseguraron los partes oficiales, y señalaron que todos cayeron en combate.

Los testimonios que recogió Sauma fueron los únicos que salieron de Ñancahuazú. Debido al cerrojo militar, ningún periodista pudo entrevistar a los rebeldes durante los cinco meses que permanecieron en el campamento –tampoco después–, pese a los intentos desplegados por los enviados de todos los medios para establecer contacto con los insurrectos. “Nos dejaron marchar libremente. Regresamos por el mismo camino. Ellos salían cada cincuenta o sesenta metros para darnos la mano. Algunos nos abrazaron. No fuimos molestados en absoluto”, relató Sauma, quien parecía muy impresionado tras su conversación de más de tres horas con los facciosos.

A diferencia de los civiles, los militares no soltaban prenda. Respondían a cualquier pregunta con evasivas, cuando no con el silencio. “La artillería del Ejército continúa bombardeando la región de Ticucha, al norte de Monteagudo, donde se presume que se encuentra uno de los principales focos guerrilleros”, escribió David Cabezas desde Muyupampa el 27 de marzo, cuatro días después del primer choque armado. “No obstante –advirtió a renglón seguido–, no se pudo saber nada sobre los resultados del combate, puesto que, al parecer, los efectivos del Ejército han sido prohibidos de dar detalles”.

A principios de noviembre, en vísperas de la conclusión del proceso a Debray, el presidente Barrientos visitó Camiri e invitó a los periodistas para una con-

versación en la residencia de huéspedes del campamento petrolero. Extrañado por el reducido número de asistentes –no más de una decena–, preguntó por los demás, ya que sabía que el contingente de hombres de prensa superaba en ese momento el medio centenar. Entre broma y broma, Mark Hutten, enviado de la agencia francesa AFP, le respondió que quedaban muy pocos, porque muchos habían sido expulsados y otros “invitados” a abandonar el pueblo.

“Lamento de veras que eso haya ocurrido”, respondió Barrientos sin inmutarse, fingiendo ignorancia. Era la época en que Barrientos se mostraba eufórico y orgulloso por la captura y muerte de Guevara, ocurrida un mes antes. Los periodistas intentaban averiguar el destino de los restos del *Che* y de su diario de combate, pero la información sobre ambos temas estaba bajo siete llaves. Era secreto de Estado. “Las Fuerzas Armadas son dueñas de todo lo que se ha incautado a los bandoleros, porque ellas lo han capturado. Yo tengo interés en que el mundo conozca las circunstancias de la preparación y el fracaso guerrillero”, respondió Barrientos cuando le pregunté por la eventual venta del diario.

Enfundado en el uniforme de los Rangers, Barrientos acababa de realizar una gira maratónica por los puestos de avanzada del Ejército en la zona guerrillera, pero no mostraba ninguna huella del traqueteo de la jornada. Por el contrario, antes de encontrarse con los periodistas, se dio tiempo para presidir una “concentración popular” de apoyo a los militares en la plaza de Camiri y pronunciar un extenso discurso contra Fidel Castro y el comunismo. “Y algo más quisiera decirles sobre las guerrillas”, dijo en tono que quiso ser confidencial. Tras apurar el vaso de cerveza que le había alcanzado su edecán, se refirió por primera vez al costo de la operación contrainsurgente. “Bien saben ustedes que a Bolivia, (la guerrilla) costó 50 vidas, mucha sangre y muchos recursos económicos distraídos... Algo más de tres millones de dólares”, reveló.

Era la cifra que manejaba el gobierno como base de negociación para la venta de los derechos del diario del *Che*, pero su propio ministro de Gobierno, Antonio Arguedas, dio al traste con las pretensiones del general Barrientos al entregar el diario a Cuba. *Presencia* lo publicó primicialmente en Bolivia ocho meses después –el 9 de julio de 1968–, en un golpe periodístico que los militares jamás le perdonaron al diario católico.

2.5. El telegrama de la primicia

La noticia sobre la captura del *Che* Guevara, difundida primicialmente el 8 de octubre por *Fides*, sorprendió a los cronistas congregados en Camiri cuando esperaban el fallo del Consejo de Guerra que procesó a Regis Debray y Ciro

Bustos. Los enviados de prensa salieron en tropel rumbo a Vallegrande, pero el viaje era complicado pese a que la distancia a recorrer era de apenas 120 kilómetros. Camiri no contaba con conexiones aéreas diarias ni con Santa Cruz ni con Cochabamba, así que el recorrido había que hacerlo por tierra, a través de los intransitables caminos de la época.

Quienes se animaron a correr la aventura llegaron a Vallegrande 48 horas más tarde, sólo para contar que no habían logrado ver el cadáver del *Che* ni el lugar donde fue enterrado. Los recién llegados se encontraron con José Luis Alcázar, Daniel Rodríguez, enviado de *El Diario*, y Edwin Chacón, corresponsal de *Presencia* en Santa Cruz, que habían llegado días antes de la caída del guerrillero.

Alcázar, quien viajó enviado por *Presencia*, aunque seguía colaborando con *Fides*, arribó a Vallegrande el 6 de octubre, con la idea de salir al encuentro del *Che* en pos de la “entrevista del siglo”. Tenía planeado internarse en la selva con una patrulla militar para luego desertar y contratar un campesino como guía, aprovechando la experiencia que había ganado en sus incursiones con las tropas de la Cuarta División, pero los acontecimientos se precipitaron y no pudo cumplir su propósito.

El domingo 8 de octubre, mientras estaba redactando una entrevista con el comandante de la Octava División, coronel Joaquín Zenteno Anaya, en una oficina de la sede del propio comando, escuchó casualmente una comunicación de la radio militar: Una patrulla pedía el envío urgente de “mariposas” (helicópteros). Supuso que se había registrado un combate, seguramente con bajas militares, y que la patrulla requería transporte aéreo para evacuar a los muertos y heridos.

En medio de una gran agitación, Zenteno Anaya –asesinado años después por la guerrilla en París– le pidió que abandonara de inmediato la sede del comando, ubicada a una cuadra de la plaza de Vallegrande, orden que le confirmó la situación de emergencia. Alcázar no imaginó en ese momento la magnitud del suceso que había ocurrido ese día en la quebrada del Churo, cerca de la Higuera, que habría de marcar la suerte de la guerrilla y de su líder.

“En una de esas apareció un oficial amigo. Lo tomé del brazo y lo llevé rumbo a la plaza. Le dije: ‘Los guerrilleros los emboscaron... ¿Cuántas bajas?’. El oficial reaccionó como si le hubiese provocado. Me respondió: ‘No nos emboscaron, los emboscamos. Y ha caído el *Che*’. Cuando dijo esto, se puso frío y sólo atinó a decirme: ‘¡No te dije nada!’. Y se fue. Había metido la pata”, relató

Alcázar al evocar el momento en que se enteró del suceso. Una vez más, como ocurrió con Cabezas y Delgadillo cuando “descubrieron” siete meses antes la existencia de la guerrilla en Muyupampa, la noticia de la captura del Che encontró a un periodista en el lugar y el momento precisos.

Alcázar se fue de inmediato al telégrafo y le pidió al telegrafista, de quien se había hecho amigo, la dirección de su casa para ubicarlo más tarde y entregarle un despacho urgente, previa gratificación. Obviamente, no le dijo ni una palabra a su competidor de *El Diario*, Daniel Rodríguez, y le pidió a su ayudante, Edwin Chacón, que estuviera pendiente porque “al parecer había una noticia importante”. Horas después, sin haber obtenido nuevos detalles, pero con la primicia quemándole las manos, decidió transmitirla.

“Fui a la casa del telegrafista, lo encontré y le dije que necesitaba enviar un par de telegramas a La Paz. Las notas, en las que informaba de que el *Che* ‘habría caído’, así en condicional porque no tenía datos precisos, las escribí a mano, ¿qué tal? Y alrededor de las 19:30 del 8 de octubre fueron transmitidas en Morse a La Paz. La primera, a *Presencia*, la segunda, resumida como para radio, a *Fides*”, rememoró.

A las cinco de la tarde del día siguiente, 9 de octubre, aterrizó el helicóptero que traía el cadáver del *Che* de La Higuera. “Ahí tuve un encontrón fuerte con un agente de la CIA, el cubano Gustavo Villoldo, alias *capitán Eduardo González*, y... con la mano del *Che*. Los dos rompimos el cerco militar y corrimos hacia el helicóptero. Mientras Villoldo levantaba la cobija para ver el rostro y jalarle la barba y decirle: ‘¡Por fin has caído!’, yo vi una de las manos del *Che* que aparecía a un costado de la improvisada camilla, en el patín del helicóptero. La tomé y tuve un escalofrío. Estaba caliente. Había muerto recién”, relató el periodista al recordar el histórico momento.

Alcázar publicó el 10 de octubre en la primera plana de *Presencia* una crónica de 480 palabras, “Esta noche he visto el cadáver del *Che*”, una pequeña joya periodística en la que describe el ambiente de “estupefacción y atonía” que reinaba en la morgue del Hospital del Vallegrande ante el “cadáver ya frío de quien ardió siempre en fuego interior tratando de plasmar en hechos el ideal político que animó su vida desde su adolescencia”. Un día después, difundió algunas frases del *Che* contenidas en su diario que le merecieron la amenaza de “juicio militar” por parte del entonces jefe de Estado Mayor General de las Fuerzas Armadas, general Juan José Torres, por difundir un “secreto de Estado”.

Fides envió el 10 de octubre a Vallegrande a otro reportero, Carlos Ossio, para cubrir la exhibición del cadáver y la conferencia de prensa de Zenteno Anaya, durante la cual se mostró por primera vez el diario del *Che*. Ossio aparece en una de las famosas fotos tomadas por el fotógrafo Freddy Alborta con la mirada clavada en el cuerpo yacente del líder rebelde, en una imagen que ha sido comparada con “El Cristo muerto” del pintor renacentista Andrea Mantegna. A su lado, un oficial muestra y explica a los periodistas la trayectoria de los impactos de bala que provocaron la muerte del guerrillero en la escuelita de La Higuera. “Tras arribar a Vallegrande, fuimos conducidos a la morgue donde estaba el cuerpo de Guevara, más otros dos cadáveres empolvados, tirados en el piso en una esquina, cuyas identidades no habían sido establecidas hasta ese momento”, dijo al recordar esa misión periodística.

Ossio guarda en la memoria la imagen del cuerpo, apenas cubierto con un pantalón; el dorso pálido con cuatro orificios visibles de bala, y los pies descalzos. “Sin duda, lo que más atraía era su rostro; los ojos, con una mirada al infinito; la boca, con los labios entreabiertos, que dejaban ver sus dientes, y una expresión de paz, como la de sus pupilas”, rememoró el periodista.

Todavía no le habían cortado las manos. Los militares lo harían horas después para conservarlas en un frasco de formol, como trofeo de guerra. Meses después serían enviadas clandestinamente a Cuba por Antonio Arguedas, junto con el diario. “En ese ambiente, con fuerte y penetrante olor a formol, no pude abstenerme de pensar que estaba ante los restos mortales de quien fuera legendario guerrillero de mil historias, en la Sierra Maestra, en el Congo, y uno de los mayores líderes del gobierno encabezado por Fidel Castro. También surgió en mi pensamiento que Ernesto *Che* Guevara había muerto en su ley; sus acciones y su muerte mostraron su integridad”, agregó.

2.6. Testigos, no

A los militares siempre les resultó incómoda la presencia de la prensa en las zonas de combate, tanto que tres años después, durante la guerrilla de Teoponte, entre junio y noviembre de 1970, tendieron un cerco total en torno a la zona. Poco o nada se sabía entonces de lo que ocurría en el teatro de operaciones. Los rebeldes, en su mayoría estudiantes universitarios sin experiencia en lucha armada, fueron aniquilados en 70 días. Muchos fueron fusilados y otros murieron por hambre, todo detrás de una pesada cortina de silencio. La información independiente había cedido paso a los “partes de guerra”, tan lacónicos como interesados, a diferencia de la cobertura periodística de Ñancahuazú.

El único periodista que logró entrar a Teoponte, pero no como tal, sino como miembro del equipo que rescató a los ocho guerrilleros sobrevivientes, fue José *Chingo* Baldivia Urdininea, quien se inició en *Fides* en los años 60. Paradójicamente, cuando cumplió esa misión humanitaria, junto con representantes de la Cruz Roja, la Universidad Mayos de San Andrés y la Iglesia Católica, Baldivia era militante del Ejército de Liberación Nacional (ELN), conocido en el mundo clandestino de la organización armada con el nombre de guerra de *Malaco*, pero los servicios de seguridad no lo sabían.

Gracias al *Che* Guevara y a Debray, Camiri se había convertido en 1967 en un febril polo de información internacional, con reporteros de todo el mundo escribiendo en una veintena de idiomas. A principios de septiembre, en vísperas de la apertura de las audiencias del Consejo de Guerra que procesó al filósofo y escritor francés, los corresponsales recibieron con vítores y aplausos al gerente de la empresa británica West Coast Cables, Hugo Burgos, que llegó a Camiri con dos equipos de télex para atender las necesidades de los enviados. El día del inicio del juicio, el 6 de septiembre, la compañía de telecomunicaciones despachó cerca de 30.000 palabras entre continuas interrupciones de las conexiones con el exterior, vía La Paz, y las maldiciones de los desesperados usuarios.

El paso de los telegramas en Morse a las cintas perforadas de los teletipos fue el “salto tecnológico” más importante que vivió Camiri en aquellos agitados días. El servicio de télex, como recordaría años después el periodista Ángel Tórres, permitió al enviado de *Fides* y la agencia DPA sacar una ventaja de “unos preciosos minutos” a sus “estirados colegas del exterior” en la difusión del “flash” informativo sobre la condena a 30 años de prisión a Debray y Bustos. Para ello debió apelar a una pequeña estratagema. Pero esa es otra historia.

Recibido: abril de 2015

Aceptado: mayo de 2015

Referencias

1. Alcázar, José Luis. *Ñacabuasú, la guerrilla del Che en Bolivia*. México: Ediciones Era, 1969.
2. Romero, Ana María. *Cables cruzados*, La Paz: Gente común, 2005.
3. Selser, Gregorio. *La CIA en Bolivia*. Buenos Aires: Hernández editor, 1970.
4. Tovar, Julieta. *Del papel carbónico a la computadora. Historia de la Agencia de Noticias Fides*. 1963-2013.